

Resumen

La percepción social de la adolescencia y la juventud como *un problema* no es una novedad. Los jóvenes han resultado ser desde siempre un grupo social objeto de preocupación para el mundo adulto, que se ve reflejado como en un espejo que les devuelve una imagen no siempre agradable. Los jóvenes son, de hecho, objeto de exaltación y preocupación al mismo tiempo, y en esta paradoja radica precisamente la clave que hace de la juventud una categoría socialmente construida que sintetiza las contradicciones de la mirada adulta. Con frecuencia las chicas están ausentes de estos estudios o, en todo caso, su papel se tipifica como secundario, pasivo o complementario al de sus *iguales* masculinos.

Palabras clave

Adolescencia femenina, Diferencias biológicas, Género, Invisibilidad, Riesgo social, Socialización, Violencia

Adolescència femenina i risc social: una relació invisible

La percepció social de l'adolescència i la joventut com un problema no és una novetat. Els joves han resultat ser des de sempre un grup social objecte de preocupació per al món adult, que es veu reflectit com en un mirall que els retorna una imatge no sempre agradable. Els joves són, de fet, objecte d'exaltació i preocupació alhora, i en aquesta paradoxa radica precisament la clau que fa de la joventut una categoria socialment construïda que sintetitza les contradiccions de la mirada adulta. Sovint les noies estan absents d'aquests estudis o, en tot cas, el seu paper es tipifica com a secundari, passiu o complementari al dels seus iguals masculins.

Paraules clau

Adolescència femenina, Diferències biològiques, Gènere, Invisibilitat, Risc social, Socialització, Violència

Feminine adolescence and social risk: an invisible relationship

The social perception of adolescence and youth as 'a problem' is not new. Young people have always been a social group that has been a focus of concern for the adult world, which sees itself reflected, like in a mirror which provides them with an image that is not always pleasant. In fact, young people are the focus of praise and concern at the same time, and it is precisely this paradox which is the key that makes youth a socially constructed category that synthesises the contradictions of the adult gaze. Girls are often absent from these studies or, in any event, their role is seen as secondary, passive or complementary to that of their masculine 'counterparts'.

Keywords

Feminine adolescence, Biological differences, Gender, Invisibility, Social risk, Socialisation, Violence

Autora: Anna Berga

Artículo: Adolescencia femenina y riesgo social: una relación invisible

Referencia: Educación Social, núm. 29 pp. 63-78

Dirección profesional: Escoles Universitàries de Treball Social i Educació Social Pere Tarrés (URL) aberga@peretarres.org

▲ Adolescencia en situación de riesgo: ¿un problema masculino?

La percepción social de la adolescencia y la juventud como *un problema* no es una novedad. Los jóvenes han resultado ser desde siempre un grupo social objeto de preocupación para el mundo adulto, que se ve reflejado como en un espejo que les devuelve una imagen no siempre agradable. Los jóvenes son, de hecho, objeto de exaltación y preocupación al mismo tiempo, y en esta paradoja radica precisamente la clave que hace de la juventud una categoría socialmente construida que sintetiza las contradicciones de la mirada adulta.

No se cuestiona por qué esta juventud, socialmente definida como *problemática*, es en realidad mayoritariamente masculina

Esta visión alarmista de los jóvenes se ha concretado los últimos años en el hecho de identificarlos con algunos de los principales problemas sociales percibidos desde la sociedad adulta: la delincuencia juvenil, la violencia, tribus urbanas, drogodependencias, fracaso escolar... Frente a esta realidad se exige una respuesta, tanto a escala política como pedagógica y social. Se formulan muchos interrogantes sobre qué le pasa a la juventud actual y qué ha fallado socialmente pero, en cambio, no se cuestiona por qué esta juventud, socialmente definida como *problemática*, es en realidad mayoritariamente masculina. Éste es, además, un hecho que no se plantea ni en la mayoría de los estudios sobre el tema ni en el diseño de las intervenciones sociales.

Ciertamente, los datos nos muestran que las conductas violentas, dentro y fuera de las aulas, están protagonizadas fundamentalmente por chicos. Asimismo, hoy en día las chicas no solamente están obteniendo mejores resultados académicos que sus compañeros, sino que ellos representan a la mayoría en los índices de fracaso escolar². En cuanto a la delincuencia juvenil, en Cataluña los últimos informes muestran que los chicos representan el 85% del total de ingresados en centros de justicia juvenil³. Lo más significativo de estos datos es que, en proporciones muy similares, se mantienen en todos los países occidentales⁴.

Pero son escasos los estudios que intentan explicar esta realidad, aparentemente tan reveladora, y en la mayoría se continúa hablando de adolescencia y juventud *en riesgo*, de forma genérica. Éste es un elemento significativo dado que, mientras la mayoría de los estudios sociológicos realizados sobre el tema destacan la categoría socioeconómica como una variable estructural que determina los factores de riesgo social, no se tiene en cuenta que estos factores, experimentados por chicos y chicas, acaban produciendo respuestas diferentes.

En este sentido, con frecuencia las chicas están ausentes de estos estudios o, en todo caso, su papel se tipifica como secundario, pasivo o complementario al de sus *iguales* masculinos. Considero que esta ausencia de las chicas en los estudios convendría analizarla con detenimiento porque puede esconder una realidad que nos permita preguntarnos sí, más que ausentes, las chicas quedan invisibles, dados los parámetros que se han utilizado para estudiar la juventud desde las distintas perspectivas de análisis.

Por ejemplo, los estudios que se han centrado en el tema de las transiciones a la vida adulta han definido los itinerarios de transición a partir de unos modelos considerados *normalizados*, que definen la adultez básicamente a partir de la incorporación al mundo laboral, pero dejan de lado el ámbito familiar o doméstico. También las investigaciones sobre las culturas juveniles han focalizado su atención en aquellas manifestaciones más *espectaculares* de los estilos juveniles, como las denominadas *tribus urbanas*, estudiadas en los espacios públicos. Asimismo, la mayoría de los estudios de cariz criminológico hablan de delincuencia o violencia juveniles de forma genérica o, sino, dando por descontado que son conductas masculinas que se explican a partir de causas de orden físico o genético. En un reciente y celebrado estudio sobre juventud y conducta antisocial, uno de los principales aspectos destacados como causa de la delincuencia juvenil es precisamente el sexo, hasta el punto de afirmar que “*ser varón es uno de los predictores más fuertes de la delincuencia que tenemos entre los atributos fácilmente mesurables*”⁵.



En los últimos años, diferentes voces han evidenciado este silencio, en algunos casos atribuido simplemente a la novedad de los cambios en los modelos de conducta de las chicas, que desde hace un tiempo están actuando de forma cada vez más asimilable a los chicos o, en cambio, explicado por el dominante sesgo masculino de los investigadores en temas de juventud, que cuestiona como se han definido los objetos de estudio. Si partimos del principio que nada es tan revelador desde un punto de vista sociológico como interrogarnos por aquello que damos por descontado, por las evidencias socialmente compartidas, tendremos que cuestionarnos estas definiciones oficiales de la realidad para desenmascarar qué se esconde detrás. Así podemos afirmar que lo que ha sido mayoritariamente estudiado no es tanto la juventud, sino el problema social. En consecuencia, los chicos han llegado a ser los protagonistas de las investigaciones mientras las chicas, en cambio, han resultado invisibles. La sociología feminista ha buscado una explicación a esta invisibilidad (tanto en los estudios criminológicos, como en los de las subculturas juveniles o transiciones) basada en argumentos que trascendieran la dimensión biológica y genética, e intentando encontrar una respuesta a partir de las referencias culturales y de la socialización. Como destacaron Garber y McRobbie⁶ en su artículo ya clásico sobre las chicas y las subculturas, la cuestión no es tan solo la presencia o ausencia de las chicas en las culturas juveniles, definidas en términos androcéntricos, como las formas que ellas utilizan para interactuar entre ellas y con los otros para negociar su propio espacio, construyendo formas culturales específicas de respuesta y resistencia.

Lo que ha sido mayoritariamente estudiado no es tanto la juventud, sino el problema social

Esta ponencia nace de una investigación más amplia que propone una mirada desde una perspectiva de género a los procesos descritos como *de riesgo* en adolescentes y jóvenes. A partir de entrevistas en profundidad a profesionales del campo social que trabajan con adolescentes en situación de riesgo se analizan las diferencias en las respuestas y formas de expresión que chicos y chicas manifiestan frente a las condiciones sociales desfavorables en las que viven, así como en torno a los discursos que se construyen para explicarlas⁷.

Una perspectiva de género

Como ha sucedido en otras áreas de la sociología, la definición y estudio de las problemáticas de exclusión social se ha desarrollado, mayoritariamente, al margen de uno de los ejes de estructuración social como son las desigualdades de género. Este análisis abre un amplio campo de investigación que puede desarrollarse en distintas líneas de trabajo. Por una parte, el estudio de la interrelación entre la clase social y el género puede desvelar cuáles son los efectos que las transformaciones del contexto socioeconómico genera en las posiciones que chicos y chicas ocupan en relación con las condiciones de riesgo social. Siguiendo esta premisa, que ha sido la línea de investigación más estudiada hasta el momento, parece constatar que hoy en día las mujeres son un colectivo especialmente afectado por las nuevas desigualdades generadas en el contexto de la sociedad informacional. Las mujeres constituyen uno de los protagonistas de las nuevas formas de pobreza, hasta el punto que el término “feminización de la pobreza” ha servido a algunos organismos internacionales, como las Naciones Unidas, para denunciar que, actualmente, la pobreza mundial tiene rostro femenino. Asimismo, en los últimos años algunos estudios se han interesado por las diferentes repercusiones que, para los chicos y chicas, supone afrontar este nuevo escenario socioeconómico. En este sentido, Andy Furlong en un reciente estudio sobre las transiciones juveniles, concluye que las chicas jóvenes de entornos sociales desfavorecidos constituyen un grupo especialmente vulnerable en nuestra sociedad⁸.

Los procesos de adaptación y respuesta de los jóvenes ante las condiciones materiales de vida están transversalmente condicionados por la socialización diferencial de género

Esta vía de análisis, que con frecuencia se ha considerado como la muestra de la introducción de una perspectiva de género en los estudios sobre juventud, presenta a chicos y chicas en dos grupos separados, confundiendo lo que implica una perspectiva de género con el estudio de la situación de las mujeres como colectivo. Sin duda, este es un análisis necesario, sobre todo para la información que nos aporta sobre las consecuencias de este modelo social y económico para las mujeres. Así y todo, el punto de partida de este trabajo es otro: una perspectiva de género aplicada al análisis de los procesos de riesgo social en la adolescencia no significa únicamente estudiar o visualizar a las chicas, aplicando los mismos parámetros, sino analizar hasta qué punto los procesos de adaptación y respuesta de los jóvenes ante las condiciones materiales de vida están transversalmente condicionados por la socialización diferencial de género.

En este sentido, entendemos el género como una categoría relacional que, aun teniendo a las chicas como protagonistas del análisis, no pretende tanto estudiarlas como grupo sino comprender, como dice María Jesús Izquierdo, que lo que les pasa a las mujeres lo es en relación con lo que les pasa a los hombres⁹. Nos referimos al *género* como la construcción psicológica, social y cultural de las características consideradas femeninas o masculinas que se atribuyen a los miembros de cada sexo. Ésta es, de hecho, una construcción cultural e histórica que puede cambiar de una sociedad a otra, de una cultura a otra¹⁰.

En este sentido, entendemos que los roles de género se construyen en la relación entre hombres y mujeres, una relación que, en una sociedad patriarcal,

se basa en una relación jerárquica de dependencia. Los roles de género, por consiguiente, no son complementarios sino que implican relaciones de poder (el dominio del género masculino sobre el femenino).

A través del proceso de socialización nos construimos como personas, creando nuestra identidad, y como seres sociales, aprendiendo a ser miembros activos de nuestra sociedad¹¹. Es a partir de este proceso que, sobre la base de las diferencias biológicas propias de nuestros atributos sexuales, asignados por nacimiento, se construye nuestra identidad de género. Como apunta Brullet¹², a través de la socialización diferencial de género los hombres y las mujeres interiorizamos las normas y valores “adecuados a nuestro sexo” en el contexto específico de la sociedad donde vivimos. Aprendemos, por tanto, a ser hombres y mujeres.

Así, según Bourdieu¹³, a través de la socialización se transmiten los roles sexuales y la dominación masculina se legitima porque se naturaliza, se da por descontada. Las consecuencias de esta socialización diferencial, que atribuye un papel dominante al género masculino, acaban siendo perjudiciales a dos bandas, puesto que se tiende a *sobrevalorar*, *sobreexigir* e *infraproteger* los chicos, mientras se tiende a *infravalorar*, *infraestimar* y *sobreproteger* a las mujeres¹⁴.

Así, una perspectiva de género aplicada al estudio de los procesos de riesgo social a la adolescencia nos ha de permitir visualizar a las chicas. Por un lado, explicando el por qué de su posición secundaria y minoritaria en aquellas manifestaciones definidas como “conductas de riesgo”; en este caso, nos preocuparemos de analizar como, a partir de la socialización diferencial de género, chicos y chicas que viven bajo condiciones sociales similares, aprenden formas diferenciales de expresión. Por otra, convendrá interrogarnos por estas definiciones, que sufren de una visión sesgada de la realidad que enmascara las particulares formas femeninas de expresión.

El por qué de la invisibilidad

Una de las conclusiones más interesantes extraídas a partir de las entrevistas es que en muchos casos los profesionales no dudan en constatar importantes diferencias en las conductas y formas de expresión de chicos y chicas con los que trabajan pero, al mismo tiempo, admiten que ésta es una cuestión por la que no se han interrogado antes. Estas diferencias, por tanto, se perciben como *naturalizadas* y, por consiguiente, no se problematizan. Éste es, según mi parecer, uno de los temas fundamentales para comprender la invisibilidad de las chicas en los estudios y también en las intervenciones sociales, y que retomaré al final de la ponencia.



¿Cuestión de hormonas?

“a ver... yo creo que hay un factor, aunque bueno, no lo tengo muy claro, pero muchas veces es cierto que todo hace pensar que sí ¿no?, que es que hay una variable, yo creo, de carácter genético. En el sentido que los chicos parece que tienen un impulso más... más agresivo ¿no? y están más pendientes de la actividad, de la actuación, frente a una chica. Entonces este componente agresivo, que muchos estudios así lo validan, es posible que provoque que el chico responda delante de la misma situación manifestando más agresividad. He visto actuaciones que, hablando de actos delictivos, que comportan más actos delictivos frente a la chica que tendría un comportamiento más retraído, ¿no? sería más de carácter... un trastorno más mental, o un trastorno emocional”

(educador centro protección de menores)

Las razones biológicas son todavía uno de los argumentos a los que los profesionales, con una cierta timidez, recurren para explicar lo que ellos identifican como diferencias fundamentales entre las características de chicas y chicos.

Las explicaciones de carácter biológico continúan siendo todavía buena parte de la visión social dominante sobre las diferencias en las expresiones entre sexos. Más allá de otros tipos de consideraciones, hay que destacar que desde estas posturas se confunde totalmente el *sexo* con el *género*, dado que se identifican las diferencias biológicas (sexo) con las características sociales, culturales y psicológicas que cada sociedad atribuye a cada uno de los sexos (género). A escala de teorías criminológicas, éste ha sido un argumento dominante durante mucho tiempo, ya desde las tesis de Lombroso y la llamada “mujer delincuente”, a la que consideraba signo de una doble anomalía: por su condición de delincuente y transgresora de la norma social y, al mismo tiempo, por su condición de mujer “biológicamente contra-natura”, es decir, transgresora con lo que se espera de su género.

Una explicación mucho más común, seguramente por el peso de la psicología en los planes de estudios de los profesionales de la educación, es la referida a las diferencias en las características psíquicas (maduración, reflexividad, autocontrol...) pero entendidas como causa, y no como consecuencia de los diferentes roles que chicos y chicas desarrollan en sociedad. Así explicaciones del tipo:

“las chicas siempre son mucho más maduras que los chicos, esto sí que es una tónica general, ¿eh? O sea, a la misma edad una chica es más madura que un chico y, además, físicamente están mucho más desarrolladas”

(educadora social)

La socialización de género

Muchos de los profesionales entrevistados identifican los modelos y expectativas familiares diferenciales, así como al papel del grupo de amigos en la socialización durante la adolescencia, como algunos de los argumentos más recurrentes para explicar las diferencias en las formas de expresión de chicos y chicas frente a las condiciones de riesgo social.

El papel clave de la familia como principal agente de socialización se corresponde, también, con su función como primera transmisora de los roles de género. Es importante, por consiguiente, analizar la relación entre la socialización en el marco familiar y los itinerarios diferenciales de chicos y chicas en situación de riesgo social. Un elemento recurrente en los estudios sobre el tema es el argumento sobre el papel de la familia como limitador de las posibilidades de trasgresión de las chicas, dado el mayor control y protección que los padres y madres ejercen sobre sus hijas, en relación con sus hermanos (límite de dinero, horarios, control amistades...). Las diferencias, por ejemplo, en la asignación de responsabilidades en las tareas domésticas hacen que a los chicos en contextos de clase trabajadora, tradicionalmente, se les ha dejado más libertad para salir a la calle, relacionándose con su grupo de amigos y que hayan tenido que aprender antes a defenderse solos, de manera que también tienen más posibilidades de acabar desarrollando un rol activo¹⁵. En este sentido, la socialización de género en el marco familiar actúa como “control social informal”¹⁶, garantizando la interiorización de las chicas de su rol femenino tradicional.

“hay veces que la responsabilidad que se les otorga te produce angustia, como el papel de protectora de la hermana mayor hacia los niños, hacer de madre ¿no? niñas de 12 años que bueno... que han cambiado pañales, han dado de comer, y bueno, incluso estar el educador con su hermanito y venir ella a controlar que lo estés haciendo como ella piensa que se tiene que hacer, como que se siente responsable de sus hermanos, ¿no?; esto no se nota tanto con los hermanos... no, no se les pide, no se tiene la expectativa de que tengan este tipo de conducta”

(educadora social)

Ciertamente, esta diferencia en la socialización familiar es el resultado de unas expectativas paternas influenciadas por los estereotipos de género. En una encuesta realizada por el CIS¹⁷ sobre la percepción social de los riesgos, donde se preguntaba a padres y madres sobre los riesgos percibidos como más preocupantes para sus hijos, se refleja, de manera significativa, como las expectativas adultas cambian en función del género. En el caso de los padres de chicos, el riesgo de que sus hijos cometiesen un delito era uno de los más preocupantes, mientras que en el caso de las chicas éste era, precisamente, el que ocupaba el último lugar. Contrariamente, para los padres de chicas adolescentes el riesgo de ser víctimas de algún delito o el hecho de implicarse en un embarazo no deseado era percibido como preocupaciones mucho más importantes que para los padres de los chicos.



No se espera que las chicas sean un problema y, en consecuencia, no son vistas como tal

¿Hasta dónde llega el riesgo real y dónde empieza la construcción social? ¿Cuáles son las consecuencias que estas expectativas paternas generan en las conductas de los adolescentes? De acuerdo con el principio, clásico en sociología, de W. Thomas, toda situación definida como real es real en sus consecuencias y, por consiguiente, las imágenes que una determinada sociedad presenta sobre los problemas sociales y los riesgos son construcciones sociales que se dan por descontado (existen o no realmente) y que generan procesos que acaban imponiéndose, en este caso entre los adolescentes. Las expectativas de padres, maestros, educadores... están influenciadas por los estereotipos de género y tienen, finalmente, consecuencias en la educación de los chicos y chicas: no se espera que las chicas sean un problema (en casa, en la escuela...) y, en consecuencia, no son vistas como tal.

En este sentido, podemos destacar que muchas veces esta transmisión de roles, aunque es reconocida teóricamente por los profesionales como una construcción social, difícilmente se relaciona con la propia práctica. Un profesor de secundaria lo expresaba en estos términos:

“realmente los chavales actúan como nosotros esperamos que actúen y esto mucha gente no se da cuenta, pero es así. Si tienes un alumno en clase y esperas que se lleva mal, el chaval lo más probable es que se lleve mal. Si tú tienes un chaval que está catalogado como conflictivo y tú esperas que no sea conflictivo tiene más probabilidades de no serlo. Como que la chica, hasta cierto punto, está mal visto que sea conflictiva, porque a diferencia de los chicos, no ganaría puntos en su grupo de iguales, su conducta realmente no lo es”

Así, los estudios de las culturas juveniles que, como hemos visto, están fundamentalmente protagonizados por chicos, han tendido a priorizar la esfera pública como ámbito de análisis, poniendo mayor énfasis en el papel socializador del grupo de iguales que en el de la familia.

Ciertamente, hablar de adolescencia implica necesariamente referirnos a las relaciones de grupo. Son muchos los estudios que han destacado la importancia que, en la etapa adolescente, adquiere el grupo de amigos como espacio donde el adolescente se refugia frente a la sentida incompreensión de los adultos y su necesidad de experimentar una identidad propia. Por otra parte, en contextos marcados por la precariedad y la marginalidad, ante la fragilidad que con frecuencia adquieren otros agentes de socialización como la familia o la escuela, el grupo de amigos constituye un marco clave que se ha relacionado directamente con la iniciación en las conductas de riesgo y las carreras delictivas¹⁸. Pero, con frecuencia, no se ha tenido en cuenta para explicar estas conductas la incidencia de la variable género.

Ciertamente, el grupo es el espacio privilegiado para la experimentación de la identidad de género durante la adolescencia. Los roles se construyen en la relación con los iguales del mismo sexo y, por supuesto, en el juego de espejos que supone la interacción en los grupos mixtos. Así, la demostración de virilidad que los adolescentes de estos contextos socioeconómicos tienen que

adoptar para integrarse en el grupo de amigos, y como escenificación ante las chicas, ha explicado, para muchos autores, la relación entre masculinidad y delincuencia o entre masculinidad y rechazo en la escuela¹⁹. En contextos de grupo los chicos han de responder a las expectativas que se derivan de su rol masculino demostrando valentía, riesgo, fuerza... y las dudas sobre su virilidad pueden ser el peor insulto. En el caso del fracaso escolar algunos profesores entrevistados destacan la importancia del grupo de iguales en determinados contextos en los que estudiar es “una cosa de chicas”:

“te pongo un ejemplo, yo tenía un alumno muy del barrio, un chaval muy majo; en el instituto no había problemas con él, pero era un chaval considerado como un delincuente. Yo le decía siempre: ‘Jose, tráeme los libros’ ‘no, porque es que a mí me da vergüenza ir con los libros por la calle’, porque su grupo de iguales no ve bien que él vaya ni con un bolígrafo. Es decir, a mí me da vergüenza ir hasta con un bolígrafo por la calle. Entonces yo pienso que es la clave, la influencia del grupo de iguales, es muy difícil salirse del grupo y crear tu propia identidad, tu propia personalidad, que se irá haciendo con el tiempo. Pero el grupo de iguales les da seguridad y entonces muchas veces es difícil opinar en contra de lo que opina el grupo, porque la propia seguridad del adolescente está ahí, en sentirse protegido y sentirse avalado por ellos”

El papel de las chicas, en estos contextos, acostumbra a reflejarse en los estudios como secundario o complementario al de los chicos, limitándose con frecuencia a ser espectadoras de los grupos masculinos violentos. También los profesionales nos explican estas dinámicas grupales donde los roles están muy marcados:

“el chico por definición tiene que ser machito, tiene que ser valiente y si se tiene que partir la cara con quien haga falta o si le ha pegado a dos ‘polis’ esto es mejor que si no, y si ha tenido que huir con la Guardia Civil detrás con un coche pues mejor todavía, esto es un valor, las chicas también lo admiran, y entre los chicos esto es admirable. En cambio las chicas tienen otro rol, el rol femenino más pasivo, o sea, el esquema tradicional de chica que admira a su héroe y está en casa sumisa y obediente y tal; éste es el esquema, desde mi experiencia, de los que han acabado en estas historias”

(educador centro de justicia juvenil)

En cambio considero que, si como dice Bourdieu²⁰, “la mujer participa de las categorías dominantes y, por esto, es la primera que reclama que el hombre ocupe la posición que le corresponde” o, en palabras de María Jesús Izquierdo²¹, “al lado de hombres fascinados por la violencia hay mujeres fascinadas por hombres violentos”, este papel, aunque podamos definirlo como complementario no deja de ser determinante por su poder en el juego de representaciones, construidas sobre la base de una relación en la que cada uno otorga la legitimidad de su papel al otro.

Contrariamente a mi previsión inicial, los profesionales no han reforzado con sus respuestas la visión dominante sobre la pasividad, docilidad y sumisión



Las chicas también son transgresoras, aunque puedan expresarlo de otra forma

femeninas. Sus respuestas, fruto de una larga experiencia de trabajo con adolescentes y su papel de observadores cualificados, desvelan una realidad muy clara: las chicas también son transgresoras, aunque puedan expresarlo de otra forma.

Así lo explica un educador con experiencia en centros de justicia juvenil:

“había una diferencia muy grande en las dinámicas que se establecían en el grupo, siempre son dinámicas de poder, siempre; con los chicos era más explícito, era el que tenía los bíceps más grandes pues estaba claro quien mandaba..., en las chicas no era así, era quien tenía más capacidad para mover, pocas veces veías enfrentamientos directos; con chicos sí, en chicos liarse a ostias y ningún problema, en chicas no, en chicas era muy habitual que la que controlaba la situación manipulase la historia, de manera que parecía que quedaba al margen de todos los líos, estaba la que era más corta que era la que daba la cara finalmente. Los roles, las dinámicas eran muy diferentes”

En este sentido, un aspecto que resulta interesante abordar es, precisamente, las diferencias en las características y constitución de los grupos femeninos y masculinos. Normalmente, los grupos femeninos son más reducidos y están formados por microgrupos que se atomizan y se reestructuran continuamente. El tipo de relación se conoce como la *jornada femenina*, relaciones muy íntimas en las que la amistad está por encima de todo y lo que está peor visto es la falsedad y la infidelidad. Así, la estructura y dinámica diferentes de los grupos adolescentes masculinos y femeninos, analizados desde el punto de vista de las diferencias de género, es un elemento clave a tener en cuenta para comprender por qué chicos y chicas que viven bajo condiciones estructurales similares se expresan de formas tan diversas.

La expresión diferencial

Los niños no lloran

“me acuerdo de la primera que tuve con un adolescente que era chico... tardó mucho en decirme que tenía novia en el cole, y me acuerdo que le pregunté por qué, que era una chica de su clase y que a todo el mundo le había gustado alguien a los quince o dieciséis años, que era una cosa muy normal. Entonces él me explicó que la primera novia que tuvo lo dejó, y le duró dos semanas, que le supo muy mal. Cuando lo explicó a los padres, su padre le dijo: ‘¡qué machote, has empezado a ligar antes que yo!’, y el día que le dijo: “pues me ha dejado...” su padre le dio una bofetada súper fuerte y le dijo ‘una mujer nunca puede dejar a un hombre, y nunca se te ocurra volver a llorar por una mujer, ¡han de ser ellas que lloren por ti!’ Pero le

clavó una bofetada bien fuerte; te hablo de dejarle los dedos señalados. Y claro, esto le quedó muy marcado y él pensaba que no quería volverse a enamorar porque no sabía si soportaría que le volvieran a dejar, porque le verían como una persona muy débil y él no quería que le viesen así. Claro, si una chica se pone a llorar o la dejan, pues lo tienen más asumido, y a lo mejor en casa no reciben un castigo tan duro. Que el hombre no pueda llorar es muy duro, tienes que tragártelo todo”

(educadora centro de justicia juvenil)

La masculinidad es también, por supuesto, una construcción social que como la feminidad varía en función de la clase social. Desde la familia como agente de socialización primaria fundamental, pasando por la escuela o el grupo de iguales, nos construimos como hombres y mujeres.

A partir de las entrevistas realizadas hemos constatado que, en los contextos culturales como los que analizamos, resulta una necesidad para sobrevivir en los grupos masculinos demostrar valentía, fuerza, y las dudas sobre la propia virilidad pueden ser el peor insulto. En contextos de grupo, los chicos han de responder a las expectativas que se derivan de su rol masculino, y esto significa que expresar sentimientos de inseguridad, miedo o tristeza, por ejemplo, no se considera apropiado por los compañeros de grupo, pero no quiere decir que estos sentimientos no existan, sino que han sido invisualizados. Anne Campbell²² ha descrito esta situación a partir de un interesante concepto. Según esta autora, podemos hablar “de ignorancia de la pluralidad” para describir esta presión en grupos masculinos donde cada miembro cree que es el único que vive estas emociones, dado que no son consideradas apropiadas para la discusión en público.

Según María Jesús Izquierdo²³, a partir de la socialización diferencial de género, al hombre se le censura la ternura, mientras que a la mujer se le niega la violencia física. Esta sería, según la autora, la explicación de que en muchos casos la mujer no renuncie a esta violencia, sino que la interioriza, expresándola en forma de autoagresión, mientras que el hombre la canaliza hacia el exterior. En este sentido, ninguna violencia es exclusiva de los hombres, pese a que se pueda afirmar que la violencia física es una conducta masculina (es decir, propia del género masculino)

“Y, por ejemplo, en las situaciones de peleas, los chicos desmontan el centro, o sea, llegas a la habitación y piensas: ¡díds mío! la silla, la mesa, bueno, patadas aquí, patadas allá... y en cambio ellas en lugar de sacar la agresividad hacia fuera destruyendo como que lo interiorizan más, ¿no? en plan... para mí más grave porque se autolesionan. Por ejemplo, las cuchillas de afeitarse, de depilarte o de afeitarse los chicos la barba... eh... cuando ha habido algún conflicto entre chicas las tenemos que esconder, mucho más escondidas de dónde están porque se autolesionan con una carga de agresividad muy fuerte hacia ellas mismas, eso siempre lo he visto, difícilmente hemos visto chicos lesionándose, aunque en la prisión sí que se lesionan y que en centros de chicos se lesionan, pero al menos en las instituciones donde he estado yo, ellos destrozaban el mobiliario y ellas... una patada también, pero no de una forma tan...;



Ninguna violencia es exclusiva de los hombres, pese a que se pueda afirmar que la violencia física es una conducta masculina

recuerdo, por ejemplo, una pelea de chicas que aprovecharon que la otra dormía y le cortaron el pelo con unas tijeras; quiero decir que... son aquellas cosas que dices físicamente no le hago daño pero psicológicamente es... son duras”

(educadora centro de justicia juvenil)

Las niñas no son buenas

Como defiende Dolores Juliano²⁴, las mujeres de sectores populares desarrollan diferentes estrategias para subvertir los modelos dominantes que las relegan a una posición de debilidad y pasividad. Esta autora plantea que estas estrategias son invisibles pero, con frecuencia, es esta misma invisibilidad la que facilita su eficacia ya que “la sociedad patriarcal les permite más fácilmente el ejercicio de ciertas cuotas de poder si éste se disfraza de sumisión”.

A partir de las entrevistas con profesionales, estas estrategias se iban desvelando y considero que nos permiten poner en cuestión esta visión dicotómica entre la actividad masculina y la victimización femenina. Las principales estrategias que aparecen como relevantes están en relación, de un lado, con la particular forma de la agresividad femenina y, de otro, con las estrategias y mecanismos de resolución de los conflictos o de evitación de las sanciones:

“las peleas que habían en el centro... por ejemplo, cuando se peleaban dos chicos eh... como que se hacía una banda ¿no?, como que tienen que demostrarse a sí mismos quién es el más fuerte y quién manda, quién es el líder ¿no?, y realmente se pegan físicamente muy fuerte, quiero decir que tiene que haber una intervención del educador porque sino... no tienen medida, al menos las peleas que yo he vivido, ¿eh?... quiero decir son peleas muy duras, muy duras... yo pienso que las peleas que he presenciado de chicas... que no son tampoco muy suaves ¿eh? pero es otra sutileza o sea más... de tirarse de los pelos desde luego, no sé (sonriendo)... pero que son como más vengativas, en el sentido de que, por ejemplo, una vez el educador interviene y las separa has de tener mucho control sobre la situación, porque a lo mejor aquel vestido que le gusta tanto ponerse cuando se vaya de permiso pues le desaparece del armario... eh... ya sabes quien lo tiene pero tienes que demostrar quien lo ha cogido, ¿no?... mm...; yo recuerdo una situación en la que una chica iba a un bautizo y marchaba un fin de semana, pues estuvo aguantando toda la semana sin dirigirle la palabra y el último día se le cargó un vestido y las medias, todo, todo, todo, ¿no?, quiero decir que físicamente por la fuerza no lo consiguen pero... son un poco más sutiles”

(educadora centro de menores)

Lo relevante de estas formas de violencia (que algunas autoras han calificado de indirecta, sutil o simbólica) pueden ser tanto o más duras que las agresiones físicas y generadoras de un daño más profundo en la identidad del agredido.

A pesar de esto, son menos detectables, menos espectaculares y resultan más difíciles de castigar que las agresiones físicas. En muchos casos, los profesionales, que coincidían en evidenciarlas, las explicaban simplemente como consecuencia de una patología o del “carácter femenino”, más rebuscado y complejo.

Asimismo, dado el paternalismo que caracteriza a las instituciones, las transgresiones femeninas han sido sujetas a un menor control formal. La visión de la chica que necesita protección, frente al chico que necesita un castigo, está muy enraizada y es signo del machismo de las fuerzas del orden, pese a que en la práctica y en algunos casos pueda ser beneficiosa para la mujer. Las chicas aprenden también a utilizar estas estrategias para escapar del control *jugando* con su feminidad:

“ellas son muy monas, ya sabes, rubitas muy guapas, ojos azules... saben dar una buena apariencia. Cuando iban a comisaría siempre han jugado con el cuento, aquello de llorar y ‘por favor, no se lo digas a mi madre...’ Siempre les ha funcionado súper bien, se han quedado pasmadas de lo bien que les funcionaba, sí, sí echar cuatro lagrimitas, parpadear y el policía como si fuera su padre, llevarlas a casa...”

(educadora de servicios sociales)



Implicaciones

Si miramos únicamente aquellas manifestaciones que son consideradas problemáticas desde las definiciones oficiales de los problemas sociales o desde lo que determina el Código Penal, buena parte de las respuestas transgresoras protagonizadas por las chicas resultará invisible. Por otra parte, esta invisibilidad puede cumplir una función de “profecía autocumplidora” en el sentido que la exclusiva atención a las manifestaciones *masculinas* no hace más que reforzar la imagen del riesgo o el conflicto social como propio de los chicos.

Paralelamente, desvelar el hecho de que las chicas quedan en un plano secundario, porque no protagonizan aquellas conductas socialmente amenazantes o problemáticas, contribuye, según mi opinión, a plantearnos el hecho de que la intervención social está dirigida, muy frecuentemente, al control. El término *riesgo social* contribuye a legitimar las intervenciones sobre determinados colectivos o situaciones definidas como *problemáticas* y está muy connotado por el género. Deberíamos considerar, por consiguiente, en qué casos se considera que una situación es *de riesgo* en chicos y en chicas, y cuáles son las respuestas sociales que se ofrecen. En el marco escolar, por ejemplo, se constata que los institutos reclaman ayuda a los servicios sociales cuando se encuentran con casos de alumnado que representa un problema en clase (conductas violentas, amenazas...), en la familia o en el barrio (absentismo

que genera desórdenes...), conductas protagonizadas de forma muy mayoritaria por chicos. En cambio los índices de absentismo en secundaria, como demuestran los datos²⁵, son más elevados entre las chicas y no generan esta demanda porque no *molestan* en la calle. Como me contaba una educadora de los servicios sociales de atención primaria:

A ver, lo normal es que el instituto te pase un caso llamado “de riesgo” si lleva conflicto en la escuela. Si no conlleva conflicto, o sea si aquel chico está en la silla y es de riesgo y no hará nada en su vida, pero no molesta, no te lo pasarán. Y, en general, los conflictos que me han llegado son motivados por chicos (...) El absentismo de las chicas está mucho más justificado que el de los chicos, porque están haciendo alguna otra tarea en algunos momentos como puede ser cuidar a una hermana.

Por otra parte, cuando una chica transgrede su rol de género y se manifiesta a partir de conductas consideradas masculinas la alarma social se dispara. Como lo explica una profesora de instituto:

“frente a una conducta agresiva de una chica diríamos que tienen que movilizarse muchos profesionales, hay más profesores que se escandalizan porque una chica sea así... De un chico se espera o es más normal, de una chica cuesta más creerlo, ¿no? Pero generalmente los profesores, cuando una chica es tan conflictiva, rápidamente sacan a relucir la parte de la familia como diciendo “es que la chica necesita más proximidad...” mientras que si se trata de chicos parece que sea más normal, y por esto muchas veces se les da por perdidos; que bien, como que un chaval tiene que ser agresivo, pues ya está, es muy normal”

Los modelos de socialización son cada vez más plurales y flexibles y, en consecuencia, los adolescentes actuales han de decidir como construir su identidad entre múltiples formas posibles. Las opciones y, por consiguiente, los procesos de decisión y de negociación individuales son indiscutiblemente mayores que en otras generaciones. Esto no significa que desaparezcan los condicionantes sociales sino que, a pesar de que estos puedan ser tanto o más determinantes que antes, existe una mayor conciencia de que cada persona puede, de alguna forma, escoger su propio itinerario y que no existen modelos únicos que prefiguren su camino.

En relación con las desigualdades de género, Beck²⁶ se refiere a la transformación del orden estamental moderno sobre el que se basaba la sociedad industrial (fundamentada no únicamente en la división capitalista del trabajo, sino también en la división sexual del trabajo) hacia un nuevo modelo en el que las relaciones de género podrían ser cada vez más igualitarias. En este sentido, podemos afirmar que se están produciendo importantes cambios en los modelos de socialización de género en las nuevas generaciones. Unos cambios que, sobre todo, están protagonizando las chicas. Las chicas jóvenes crecen con una concepción de la realidad considerablemente diferente a la que vivió la generación de sus madres y que se manifiesta, por ejemplo, en un mayor éxito académico y una incorporación masiva al mercado laboral.

Asimismo, muchos se preguntan si esta igualación de roles no está contribuyendo a que las manifestaciones transgresoras sean cada vez más similares, de forma que se produzca una masculinización de las conductas de las adolescentes: incremento del consumo de drogas, de la conflictividad en las aulas, mayor índice de delincuencia juvenil... Como nos decía un educador que trabaja con jóvenes toxicómanos:

“...la igualación tiene un coste y es para todo, tanto para la educación o el prestigio profesional como, para algunas mujeres, el crimen o la drogodependencia”.



Sería necesario ver hasta qué punto estas transformaciones son tan decisivas en la práctica, y en qué ámbitos, así como analizar hasta qué punto la transformación del rol de las chicas jóvenes tiene, y tendrá, inevitables consecuencias para los chicos. De entrada, si las chicas adoptan un papel cada vez más activo inevitablemente entra en crisis una determinada, hasta el momento hegemónica, de entender la masculinidad.

Es importante que los profesionales tengan en cuenta su papel socializador. Las categorías de género que todas y todos llevamos incorporadas de forma muy profunda.

Anna Berga Timoneda

Socióloga. Profesora de las Escuelas Universitarias de Trabajo Social y Educación Social Pere Tarrés (URL)

- 1 El texto de esta ponencia está extraído, parcialmente, del artículo recientemente publicado en la revista mejicana *JOVENes*: Berga, A. (2003) “Aprendiendo a ser buenas: los procesos de riesgo social en las adolescentes desde una perspectiva de género”, *JOVENes*. Revista mexicana de Juventud, 19: 116-135.
- 2 Diferentes estudios sobre fracaso escolar han constatado, desde hace tiempo, que las chicas se adaptan mejor a la institución escolar y saben sacar más provecho de la misma. En una investigación sobre fracaso escolar en Cataluña las chicas dominan la mayoría de las tipologías de éxito que se presentan [J. Casal, *Èxit i fracàs escolar a Catalunya* (CIREM-Fundació Jaume Bofia, 1994)]. En la última Encuesta Metropolitana de Barcelona se observa un cambio en las cifras de los niveles de estudios en función de los sexos en las nuevas generaciones. En el grupo de 19 a 25 años se registran dos datos significativos: mientras existe un 25’8% de chicos que sólo han completado la primaria, la cifra baja a 17’7% en el caso de las chicas. En cambio, en cuanto a la finalización de estudios superiores, un 11’6% de chicas los han finalizado frente al 7’7% de los chicos [VV.AA. *Enquesta de la Regió de Barcelona 2000* (Barcelona: Institut d’Estudis Metropolitans, 2001)] Asimismo, los últimos datos del informe anual de educación de la OCDE (PISA 2003) revelan que las chicas, en todos los países desarrollados, tienen mejores resultados académicos que los chicos en todas las etapas del sistema educativo.
- 3 Centre d’estudis jurídics i formació especialitzada, *Justidata*, n. 21 (Barcelona: Departament de Justícia. Generalitat de Catalunya, 1999). Datos correspondientes al último trimestre del año 1998.

- 4 A. Giddens, *Sociología* (Madrid: Alianza, 1998), 254-55.
- 5 M. Rutter *et al.*, *La conducta antisocial de los jóvenes* (Madrid: Cambridge University Press, 2000), 352.
- 6 A. McRobbie y J. Garber. "Girls and subcultures", 209-222. En: *Resistance Through Rituals*. S. Hall y T. Jefferson (eds.) (Londres: Routledge, 2002).
- 7 Las entrevistas, que se realizaron a 15 profesionales del campo social y educativo, forman parte de lo que ha sido el estudio exploratorio de mi tesis doctoral, en curso, titulada: "Adolescència femenina i risc social. Un estudi d'itineraris biogràfics i estratègies culturals des d'una perspectiva de gènere"
- 8 A. Furlong *et. al.* *Vulnerable youth: perspectives on vulnerability in education, employment and leisure in Europe* (Strasbourg: Council of Europe, 2000)
- 9 M.J. Izquierdo, *El malestar en la desigualdad* (Madrid: Cátedra, 1998).
- 10 C. Brullet, "Roles e identidades de género: una construcción social", 273-308. En: *Sociología de las mujeres españolas*, M^a A. García de León *et al.* (eds.) (Madrid: Complutense, 1996).
- 11 E. Fernández "La societat (1): procés de socialització", 41-64. En: *La mirada del sociòleg*, S. Cardús (coord.) (Barcelona: Ediuoc-Proa, 1999).
- 12 Brullet, "Roles e identidades de género: una construcción social", 273-308.
- 13 P. Bourdieu *La dominació masculina* (Edicions 62: Barcelona, 2000).
- 14 G. Poal, "Reflexiones en torno a la socialización diferencial de mujeres y hombres", *RTS* n^o 140: 40-53.
- 15 A. McRobbie, *Feminism and youth culture. From Jackie to Just Seventeen*, (London: MacMillan, 2000).
- 16 T. Miralles, "La mujer: el control informal". En: *El pensamiento criminológico II*, R. Bergalli y J. Bustos (eds.) (Barcelona: Península, 1983).
- 17 *Enquesta Infància i Adolescència*. C.I.S. (1989). Citado en F. Casas, *Infancia: perspectives psicosociales* (Barcelona: Paidós, 1998).
- 18 J. Funes *et al.*, *Intervenció psicopedagògica sobre problemes de desadaptació social* (Barcelona: EDIUOC, 1998).
- 19 Un ejemplo paradigmático es Paul Willis. En *Learning to labour*, su estudio clásico sobre la cultura antiacadémica de los jóvenes de clase obrera, constató la importancia de los valores de la masculinidad como identidad e integración en el grupo de iguales. [P. Willis, *Aprendiendo a trabajar* (Madrid: Akal, 1988)].
- 20 P. Bourdieu, *La dominació masculina* (Barcelona: Edicions 62, 2000).
- 21 M^a J. Izquierdo, Op. Cit.
- 22 A. Campbell, "On the invisibility of the female delinquent peer group", *Women & Criminal Justice*, Vol.2 (1): 41-62.
- 23 M^a J. Izquierdo, "Los órdenes de la violencia: especie, sexo y género". En: V. Fisas, *El sexo de la violencia* (Barcelona: Icaria, 1998).
- 24 D. Juliano, *Las que saben. Subculturas de mujeres* (Madrid: Horas y Horas, 1998).
- 25 M. García, *Abandonament escolar, desescolarització i desafecció* (Barcelona: Fundació Jaume Bofill, 2003) (Finestra Oberta, 37)
- 26 U. Beck, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad* (Barcelona: Paidós, 1998).